

¿Qué sería del mundo sin la filosofía? Bertrand Russell (1872-1970) respondió prolijamente a esta pregunta con su dilatada biografía intelectual y su vasta obra.

Russell impregnó al mundo con su filosofía -filosofía de la matemática y del lenguaje, lógica, metafísica, ética y cuantas áreas específicas de conocimiento pertenecen a esta disciplina-, pero también sucedió lo contrario: el mundo impregnó su filosofía. También el mundo académico y el mundo social influyeron de manera decisiva en su obra.

La edición castellana de *El credo del hombre libre y otros ensayos* se corresponde con la edición original inglesa del volumen XII de los *Collected Papers of Bertrand Russell*, cuyo título -*Contemplation and Action*- es quizá más expresivo que el escogido para la compilación de los textos en castellano. No obstante, como veremos, la “Introducción” de Manuel Garrido nos descubre la importancia de las nociones de “contemplación” y “acción” en el conjunto de los ensayos de Russell compilados.

Russell es considerado uno de los filósofos más importantes del siglo pasado. La lógica, la filosofía de la matemática y la filosofía del lenguaje fueron las principales ramas que cultivó durante su larga vida. Pero Russell, como hemos dicho, escribió, además, numerosos ensayos sobre cuestiones éticas, políticas y religiosas. Fue además un activista empedernido que defendió ideas todavía revolucionarias en su tiempo como el sufragio universal, la no distinción legal entre razas o la necesidad de poner fin a las guerras que se encontraban en activo durante la primera mitad del siglo XX, así como el desarme nuclear.

Russell obtuvo el premio nobel de literatura en 1950, a los 68 años.

Los escritos recogidos en esta obra fueron elaborados por Russell entre los años 1902 y 1914, cuando se encontraba inmerso en la realización del denominado “programa logicista” que Gottlob Frege había iniciado, y que el filósofo inglés se propuso culminar, para dotar la matemática de los fundamentos lógicos de los que se había evidenciado que carecía.

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 3
2014/1
ISSN 2255-2022

BERTRAND RUSSELL, *El credo del hombre libre y otros ensayos*, Cátedra, Madrid, 2013, 216 pp. ISBN 978-84-376-3217-9

**EL CREDO
DEL HOMBRE LIBRE
Y OTROS ENSAYOS**

Bertrand Russell



CÁTEDRA

Palabras clave:
vida contemplativa
vida activa
Platón
Goethe
Lem
sentido



El punto de partida de “El credo del hombre libre” (1903) es la eterna polémica en torno a la relación entre la *vita activa* y la *vita contemplativa*, que se remonta, al menos, a los diálogos de Platón. La primacía de la contemplación sobre la acción es también clave en el pensamiento cristiano, tal y como señala Manuel Garrido en su Introducción a *El credo del hombre libre y otros ensayos*. Es uno de los sorprendentes puntos de conexión entre la filosofía pagana y la filosofía cristiana.

Hannah Arendt, en *La condición humana* (cuyo título original es *Vita activa*), mostró los orígenes del conflicto entre vida activa y vida contemplativa en el pensamiento griego, así como su reconfiguración en el pensamiento romano y en la filosofía política moderna. El hombre de acción, el que representa la *vita activa*, es el protagonista del espacio político. La localización de la *vita activa* en este espacio conlleva la identificación entre esfera pública y esfera política en el pensamiento griego. Se considera que la acción política sólo se lleva a cabo en relación con los ciudadanos de la *polis*. Las acciones que el ciudadano realiza en la esfera privada no son políticas porque no afectan directamente al curso que la *polis* sigue.

En la “Introducción”, Garrido compara la alegoría platónica de la caverna con el pasaje evangélico en que Jesucristo goza de la condición de invitado en la casa de dos hermanas, Marta y María. Sólo la segunda se sienta a los pies del Mesías para escuchar su discurso. Lo escucha con atención mientras su hermana se afana en los quehaceres domésticos. Jesucristo sentencia: “María ha escogido la mejor parte”¹. Con ello se enfatiza la importancia de la contemplación. La acción se encuentra en un grado menor. Del mismo modo, la alegoría platónica pone de manifiesto que el grado más alto de conocimiento se adquiere a través de la contemplación de las Ideas, contemplación que es representada por la salida del prisionero fuera de la caverna, el dolor que sienten sus ojos al ver un mundo que es alumbrado por una luz que había permanecido para él en las tinieblas, la única luz que permite adquirir conocimiento verdadero, y no conocimiento de las apariencias. Cuando quiere transmitir lo que ha visto al resto de prisioneros, éstos, incrédulos, tratan de acabar con su vida. De

1. BERTRAND RUSSELL, *El credo del hombre libre y otros ensayos*, Cátedra, Madrid, 2013, p. 9

modo que parece que la contemplación es más digna que la acción, y que ésta parece entrañar serios peligros para quien trata a través de ella de romper las cadenas de la ignorancia.

Al igual que en Platón, la contemplación dio en Russell mayores frutos que la acción. Como ocurre con el prisionero de la caverna que se libera y vuelve a transmitir lo visto fuera de ella, las “empresas políticas” que ambos llevaron a cabo, esto es, los destellos de *vida activa*, no obtuvieron los frutos que desearon.

El credo del hombre libre y otros ensayos contiene algunos trabajos que Russell no publicó en vida. Junto a algunos libros como *Principios de reconstrucción social* o *La conquista de la felicidad*, ofrecieron una imagen del filósofo inglés que no fue recibida positivamente en todos los círculos intelectuales en que éste tenía cierta consideración.

El libro se compone de los siguientes ensayos: “El peregrinaje de la vida”, “La educación de las emociones”, “El credo del hombre libre”, “Sobre la historia”, “El estudio de las matemáticas”. Estos ensayos se engloban en una primera sección del libro, titulada “Refugio en la contemplación”. Un segundo grupo, que recibe el título “De las dos naturalezas del hombre”, comprende los ensayos “Prisiones”, “La esencia de la religión”, *Las perplejidades de John Forstice* y “Misticismo y lógica”.

Las perplejidades de John Forstice es la única novela conocida de Russell. Aparece por vez primera en lengua española en esta compilación de trabajos. A pesar de su brevedad, destila el estilo e ideología con los que el filósofo inglés se identificó durante la primera y segunda década del siglo XX. Hay que enmarcar, pues, esta novela en el contexto en que se desarrolla un pensamiento científico y ético que más tarde abandonará. El contenido de la novela tiene como punto de partida lo dicho en “El credo del hombre libre”. El protagonista representa las propias ideas que Russell sustentaba en aquella época. Es, pues, un relato autobiográfico. A pesar del carácter ficticio de los personajes, muchos de ellos representan a amigos y conocidos de Russell. En algunos casos el filósofo inglés emplea anagramas y contracciones para no utilizar explícitamente los nombres de las figuras reales que representan.

*«Al igual que en Platón,
la contemplación dio en
Russell mayores frutos
que la acción»*

En la novela se plasma además el contenido de un escrito de Russell muy conocido, publicado el mismo año en que elabora la novela, bajo el título “La esencia de la religión”. Como veremos, la cuestión del sentido de la religión en la vida del hombre es central en el ensayo sobre el credo del hombre libre. Esto explica, sin duda, la conexión existente entre la novela y los dos ensayos mencionados.

Nos detendremos ahora, con mayor detalle, en el ensayo central del libro. Russell reconocía el carácter circunstancial del contenido del ensayo sobre el credo del hombre libre en una carta dirigida al profesor Hilz en 1962 (medio centenario después de su publicación): señala que no consideraba objetivos los valores éticos que allí defendía. El “credo” que había respaldado le parecía ahora, retrospectivamente, ilusorio, excesivamente ideal.

“El credo del hombre libre” comienza con una larga cita del *Fausto* de Goethe. Se trata de un pasaje en el que Russell dice encontrar una imagen del mundo humano semejante al que proporciona la ciencia de comienzos del siglo XX. La imagen del pasaje es incluso más radical que la que ofrece la ciencia. El mundo humano, en esa imagen, tiene aún menos sentido que el que la ciencia le atribuye. Es ajeno a toda teleología: la existencia humana no tiene, ni ha tenido ni tendrá, ninguna finalidad intrínseca. No hay ninguna *razón* por la que exista el hombre. No se pueden *dar razones* en el marco teórico del problema de por qué existe el hombre. En los términos en los que es formulado el problema parece suscitar la expectativa de que se va a dar una respuesta al mismo, pero lo único que se dice es que no existe un por qué de la existencia humana. Esto no significa que nada pueda decirse racionalmente sobre lo que ha traído al hombre al mundo. Por supuesto que esto es posible. Sin embargo, precisamente la respuesta racional a la pregunta sobre el por qué de la existencia humana es que no hay una *razón de fondo* que muestra que hay un *télos* en la existencia del hombre.

El hombre es producto del azar. El azar es la constante biológica que ha presidido la evolución de las especies. En el pasaje del *Fausto* de Goethe Mefistófeles relata la “historia de la creación”:

«Las perplejidades
de John Forstice es la
única novela conocida de
Russell»

“(…) Y vio el Hombre que todo pasa en este mundo desquiciado y monstruoso, que todo lucha por arrebatarse, a cualquier precio, unos breves momentos de vida antes de que llegue el inexorable decreto de la Muerte. Y dijo el Hombre: ‘Hay un proyecto oculto, aunque nosotros no podamos desentrañarlo, y ese proyecto es bueno; porque debemos adorar algo, y en el mundo visible no hay nada digno de adoración’. El hombre abandonó la lucha, resolviendo que Dios intentaba que la armonía surgiera del caos por obra del esfuerzo humano. Y cuando siguió los instintos que Dios le transmitiera por su estirpe de animales, él lo llamó pecado y le pidió a Dios que lo perdonase. (...) Y cuando Dios vio que el hombre había alzado la perfección en la renuncia y la adoración, envió otro sol a través del cielo, que fue a estrellarse contra el sol del Hombre; y todo volvió de nuevo a ser una nebulosa”².

2. *Ibíd.*, p. 70

3. Véase STANISLAW LEM, *Golem XIV*, Impedimenta, Madrid, 2012

He aquí una “lógica de la desesperación” que Stanislaw Lem puso de manifiesto en *Golem XIV*, un relato de ciencia ficción en el que el escritor polaco consideraba, desde un punto de vista científico-ficticio, el origen de la vida inteligente en el universo y, en particular, la posibilidad de que la inteligencia no sea un atributo del hombre, sino que el hombre sea un atributo de la inteligencia³. Aunque esto viole, por así decirlo, las leyes de la biología, la química, la física y la cosmología, se trata de una teoría idealista de la inteligencia que cree que el hecho mismo de estar ya en la inteligencia cuando se ponen en marcha todas esas disciplinas científicas es un indicador del carácter previo y originario de la inteligencia humana como motor y artífice de “todo lo que puede ser pensado”. En un sentido similar al hegeliano -para el cual los sujetos del mundo son características de un único Sujeto, el Espíritu que se autoaclara y se autoconoce en la historia-, Lem postulaba que incluso el ser más inteligente que jamás el hombre pueda crear -en el relato, la supercomputadora denominada “Golem XIV”- es una manifestación de la inteligencia. Y el hombre vive en la lógica de la desesperación por qué no encuentra un sentido claro a su posesión de inteligencia en un cosmos así diseñado. Y, en un sentido hermenéutico, no comprende porque no es posible una total aclaración del fenómeno de la existencia desde el punto de vista del

4. RUSSELL, op. cit., p. 71

5. *Ibíd.*, p. 79

origen biológico de la inteligencia humana. Como es lógica, la desesperación estructura su existencia. En el mismo sentido Russell afirma:

“Todo el templo de realizaciones del Hombre quedará inevitablemente enterrado bajo los restos de un universo en ruinas; todo esto, aun cuando sea susceptible de discusión, es, sin embargo, casi tan cierto, que ninguna filosofía que lo rechazara podría aspirar a mantenerse en pie. Sólo dentro del armazón de estas verdades, sólo sobre los firmes cimientos de una completa desesperación, podrá construirse en lo sucesivo, con seguridad, la morada del alma”⁴.

Russell afirma en las últimas líneas de este pasaje que la morada en la que cada hombre puede habitar y que se encuentra en su propio interior es la libertad.

Las palabras con las que concluye el ensayo están impregnadas de un sentimiento trágico de la vida, de un pesimismo vital que se sostiene sobre la idea de la libertad. El hombre se encuentra privado de todo por el Universo, a excepción de su propia libertad de pensamiento, de tener ideales que, no obstante, le son dados, ideales entre los cuales tiene que elegir en una vida breve y destinada a perecer. Esa es su condena y al mismo tiempo su salvación:

“Breve e impotente es la vida del Hombre; sobre él y su estirpe se abate lenta y segura una suerte oscura y despiadada. Ciega para el bien y el mal, indiferente a la destrucción, la omnipotente materia avanza en su implacable camino; para el Hombre, condenado hoy a perder lo más querido, mañana a traspasar él mismo el umbral de la oscuridad, lo único que le queda para amar, antes de que se abata el golpe, son los pensamientos elevados que ennoblecen su pobre existencia; desdeñando los cobardes terrores del esclavo del Destino, reverenciar ante el altar lo que sus propias manos han creado; impasible ante el imperio de los cambios, conservar la mente libre de la tiranía caprichosa que rige su vida exterior; orgullosamente desafiante ante las fuerzas irresistibles que sólo por un momento toleran su conocimiento y su condenación, sostener solo, como un Atlante cansado pero inflexible, el mundo que sus propios ideales han creado a despacho de la marcha irresistible del poder inconsciente”⁵.

Víctor Páramo Valero